

## Comprender el desarrollo mundial: ¿“globalización” o “imperialismo”?

### Planteamiento del problema

LA GLOBALIZACIÓN se sitúa en el centro de varias agendas intelectuales y políticas, dado que plantea preguntas cruciales acerca de lo que, se considera ampliamente, constituye la dinámica fundamental de nuestro tiempo: la transformación radical de las relaciones e instituciones sociales y económicas que, en los albores del siglo XXI, *redefinen una época*.

La globalización es tanto una descripción como una prescripción, que a su vez sirve como explicación –una explicación pobre– y como ideología que domina el pensamiento social y el diseño y puesta en práctica de políticas. En cuanto *descripción*, “la globalización” se refiere a la ampliación y profundización de los flujos internacionales de comercio, capital, tecnología e información dentro de un solo mercado global integrado. De la manera como sucede con el término “aldea global”, sirve para identificar un conjunto de cambios producidos por la dinámica del desarrollo capitalista, al igual que la difusión de valores y prácticas culturales asociada con este desarrollo (UNRISD, 1995; Watkins, 1995; WCCD, 1995). En este contexto, frecuentemente se hace referencia a los cambios ocurridos en la organización capitalista de la producción y de la sociedad; extensiones de un proceso de acumulación de capital hasta ahora ejercido principalmente en el ámbito nacional y restringido a los confines –y poderes reguladores– del Estado. En cuanto *prescripción*, la “globalización” supone la liberalización de los mercados nacional y mundial bajo la creencia de que el libre flujo de comercio, capital e información producirá el mejor resultado para el crecimiento y el bienestar humano (UNDP, 1992). En ambos niveles, sea descriptivo o prescriptible, “la globalización” se presenta con el aura de lo inevitable y de una convicción avasalladora, delatando sus raíces ideológicas.

De la manera en que sean interpretados estos procesos y cambios característicos de la época, depende en parte la forma en que se conciba la “globalización”. La mayoría de los estudiosos la comprende como un proceso inscri-

to en las estructuras operativas del sistema basados en el modo capitalista de producción global. Otros, sin embargo, no lo conciben en términos estructurales sino como resultado de una estrategia conscientemente seguida: el proyecto político de una clase capitalista transnacional formada sobre la base de una estructura institucional generada para servir y promover los intereses de esta clase.

Tenemos aquí una importante división en la perspectiva teórica y analítica. Por un lado, quienes conciben la globalización como un conjunto de procesos interrelacionados e inevitables, a la que sólo puede y debe hacerse determinados ajustes. Aquí se inscriben, incluso, analistas como Keith Griffin (1995), conocido promotor del “desarrollo humano” según lo define el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), un declarado defensor del cambio radical o transformación social, situado a la izquierda de una bien definida división dentro del campo de los estudios del desarrollo. Desde esta perspectiva (*i.e.* lo inevitable de la globalización), el asunto por dilucidar es cómo un país en particular, o un grupo de países, puede ajustarse a los cambios de la economía mundial e insertarse en el proceso de globalización bajo las condiciones más favorables. Griffin, entre otros, cree que tal integración y adaptación es una cuestión necesaria y posible. El asunto, argumenta, es de qué manera pueden encauzarse las fuerzas que conducen el proceso de globalización para servir a los requerimientos del desarrollo humano (Griffin y Khan, 1992).

Por otro lado, quienes conciben la globalización como proyecto de clase, y no como proceso inevitable, visualizan los hechos y cambios asociados con ésta de manera diferente. Bajo esta óptica, el término globalización no es considerado como particularmente útil para describir la dinámica del fenómeno. Es visto, en cambio, al igual que lo hacemos nosotros, como una herramienta ideológica utilizada para la prescripción. En este contexto, puede contraponerse con un término que tiene un valor descriptivo y un poder explicativo considerablemente mayor: *imperialismo*.

Partiendo de este último concepto, la red de instituciones, que define la estructura del nuevo sistema económico global, no es considerada en términos estructurales sino como intencional y contingente, sujeta al control de individuos que representan y promueven los intereses de una nueva clase capitalista internacional. Dicha clase, se argumenta, está sustentada en instituciones que conjuntan alrededor de 37,000 corporaciones transnacionales (TNC), las cuales son las unidades operativas del capitalismo global, portadoras del capital y la tecnología, y principales agentes del nuevo orden imperial. Estas

TNC no constituyen el único fundamento organizacional del nuevo orden: incluyen también el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras instituciones financieras internacionales (IFI), es decir, la "comunidad financiera internacional", o lo que Barnett y Cavenagh (1994) denominan "red financiera global". Además, el Nuevo Orden Mundial está integrado por una miríada de foros de planeación y diseño de políticas globales, tales como el Grupo de los Siete (G-7), la Comisión Trilateral (CT) y el Foro Económico Mundial (FEM); al igual que por el aparato de Estado de los países situados en el centro del sistema, aparato que ha sido reestructurado para servir y responder a los intereses del capital global. Todas estas instituciones forman parte integral del nuevo imperialismo: el nuevo sistema de "gobierno global".

Desde esta perspectiva alternativa, la "globalización" no es ni inevitable ni necesaria. Como los proyectos de desarrollo capitalista precedentes —modernización, industrialización, colonialismo y desarrollismo—, el nuevo imperialismo está plagado de contradicciones que generan fuerzas de oposición y resistencia, mismas que pueden, y bajo ciertas circunstancias lo harían, minar el proceso de acumulación de capital y el sistema del cual depende. La crisis reciente de las economías asiáticas (Indonesia, Corea del Sur, Tailandia, Malasia) está profundamente vinculada con su integración a los mercados financieros mundiales y con la alta volatilidad del movimiento del capital internacional.

Los globalistas enfatizan las limitaciones impuestas a las políticas gubernamentales y se muestran escépticos respecto de las acciones estrategias encabezadas por organizaciones sociales tendientes a un cambio significativo o sustancial (sistémico) de la sociedad. Los críticos de la globalización, por su parte, hacen hincapié en las oportunidades proclives al cambio la emergencia de fuerzas sociales provocadas por las contradicciones sociales del sistema imperialista; estos acontecimientos quebrantan crónicamente todas las áreas de la organización capitalista. En esta controversia subyacen intereses en conflicto, fuerzas de oposición y resistencia y potencialidades políticas para movilizar a dichas fuerzas.

La "inevitabilidad" de la globalización es un tema crucial. Pero más crítico resulta aún lo que el discurso sobre la globalización oculta; la forma que asume el imperialismo en el contexto actual, bajo un sistema capitalista de cobertura mundial organizador de la economía y la sociedad. (El capítulo 3 explora algunas dimensiones esenciales de este tema en el contexto de América Latina, es decir, en la periferia de lo que se ha dado en llamar "sistema capitalista mundial".)

### La dinámica del cambio: el capitalismo mundial de hoy

Hay pocas dudas acerca de los profundos cambios experimentados por el capitalismo, en los ámbitos nacional y global, durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esto es particularmente cierto en vista de la profunda crisis sistémica que afectó al sistema a finales de los sesenta. También es indiscutible la naturaleza capitalista de la organización social que de ahí emergió. Que esta organización ha tomado –y cada vez más– una forma global, tampoco se pone en tela de juicio. De hecho, ésa es la característica definitoria de la transformación ocurrida en esta época. Lo que está en discusión, sin embargo, es la trascendencia y el significado de este cambio, lo mismo la cuestión de si la globalización representa cualitativamente un nuevo fenómeno, o, se trata de otra etapa más en un largo proceso histórico de expansión imperialista.

Cualquiera que sea la visión adoptada en este punto, y ello se discute apasionadamente, es posible identificar en la historia del desarrollo capitalista una serie de ciclos largos, cada uno de los cuales está asociado –bajo las condiciones de acumulación de capital– con un periodo prolongado de crisis y una reestructuración subsecuente de todo el sistema. El último de estos ciclos puede ubicarse, a grandes rasgos, entre las décadas de los veinte y los setenta. Basados en diversas perspectivas, es posible identificar algunas características estructurales clave del sistema impuesto:

- La concentración y centralización del capital, durante las últimas décadas del siglo XIX, en el contexto de una crisis sistémica a finales de la década de 1870, devino en la fusión a gran escala del capital industrial y financiero, el crecimiento de los monopolios corporativos, la división territorial del mundo en colonias, la exportación de capital y la extensión mundial del mercado basado en una división mundial del trabajo entre los países especializados en la producción manufacturera y los orientados a la producción de materias primas.
- La adopción, en varios estados-nación, de un régimen fordista de acumulación y regulación propició un sistema de producción masiva y la gestión científica del trabajo en los centros de producción.
- Bajo la presión de los sindicatos y los partidos de izquierda, una serie de reformas económicas y sociales encabezadas por el Estado crearon las condiciones políticas para un acuerdo entre el capital y el trabajo sobre la participación del sector laboral en el incremento de la productividad, la redistribución social del ingreso generado por el mercado y la legitimidad del Estado capitalista basada en la provisión de programas sociales (bienestar, salud y educación) y la garantía del pleno empleo. En el contexto previo a la Segunda Guerra Mundial, estas reformas fueron diseñadas para salvaguardar al

sistema capitalista de sus contradicciones y de su propensión a la crisis. Además, los representantes de la clase capitalista aceptaron las reformas en el programa de bienestar social a fin de competir con los nuevos estados comunistas de bienestar (*communist welfare states*) en la adopción de apoyo y adhesión de la clase trabajadora en Europa, Asia y el resto del Tercer Mundo. Tales reformas, que en efecto respondían a demandas formuladas por Marx en el *Manifiesto comunista*, dieron lugar a lo que Patel (1993) ha denominado "la domesticación del capitalismo". En el contexto de la posguerra, la profundización de las reformas sociales instituyó temporalmente una forma socialdemócrata de capitalismo de Estado, que posibilitó la expansión de la producción a escala nacional y global.

- La división del mundo entre Este y Oeste, la hegemonía de Estados Unidos sobre el sistema económico mundial, el proceso de descolonización y la decisión –mediante Bretton Woods– de imponer un orden económico mundial liberal, crearon un marco propicio para mantener, durante 25 o 30 años, tasas continuas de rápido crecimiento económico y de desarrollo capitalista en general; era la "Edad de Oro del capitalismo" (Marglin y Schor, 1990). Mediante la gestión del Estado-nación, una buena parte del mundo subdesarrollado –los países organizados como Grupo de los 77 en el seno de la ONU– fue "incorporado" al proceso de desarrollo de aquel orden mundial, iniciando lo que Patel (1992) denominó la "Edad de Oro del Sur", caracterizada por altas tasas de crecimiento económico y avances importantes en el desarrollo social.
- En muchos casos, el Estado fue convertido en el principal gestor del desarrollo nacional, al instrumentar un modelo económico basado en el nacionalismo, una estrategia de industrialización y modernización de corte proteccionista, y la profundización y extensión del mercado interno para incorporar a sectores de la clase trabajadora y de los productores directos.

A finales de los sesenta, este sistema experimentó rupturas en sus fundamentos y comenzó a desintegrarse, estructural y políticamente, hasta precipitarse en una crisis sistémica: producción estancada, productividad decreciente y un conflicto de clase intensificado por la incesante demanda de salarios más altos, mayores beneficios sociales y mejores condiciones de trabajo. Todo ello condujo a una disminución de la ganancia respecto del capital invertido (Davis, 1984). Entonces emergen dos escuelas de política económica: una que enfatizaba la tendencia inherente del capitalismo a la crisis y las contradicciones sociales que crónicamente desorganizan el capitalismo; la otra que ponía el acento en las diversas formas y niveles de respuesta ante las crisis del sistema. Ante estas circunstancias, es posible identificar varias respuestas estratégicas:

1. Distintos esfuerzos de la administración estadounidense por evitar las presiones del mercado mundial sobre su aparato productivo, que se reflejaron

en un rápido deterioro de la balanza comercial y en la pérdida de porciones de mercado ante las economías de Alemania y Japón. Estos esfuerzos adoptaron una variedad de formas, entre las cuales se incluye la abrogación unilateral del acuerdo de Bretton Woods sobre el valor y, por tanto, la tasa de cambio del dólar estadounidense (fijado con referencia al patrón oro), y la manipulación, por la de la Reserva Federal, de las tasas de cambio e interés (Aglietta, 1982).

2. El desplazamiento, por parte de las TNC, de las operaciones industriales que requirieran trabajo intensivo, hacia donde el trabajo fuera más barato. En el proceso surgió una nueva división internacional del trabajo, caracterizada por el crecimiento de un nuevo sistema de producción global basado en las operaciones de las TNC y sus filiales, cuyo número estimó la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, 1994) en unas 206,000. Para 1980, las 500 TNC más importantes del mundo tenían un ingreso anual que excedía los 3 billones de dólares, equivalente a casi el 30 por ciento de la producción mundial bruta y a un 70 por ciento del comercio mundial (UNCTAD, 1994: 93). Según la UNCTAD, el 50 por ciento de estas operaciones, en términos del valor de mercado, no involucraba al mercado mundial sino que consistía en transferencias intrafirma.

3. La internacionalización del capital tanto en su forma productiva (inversión para ampliar el comercio y expandir la producción) como improductiva o especulativa. La fuerza conductora, detrás de este proceso, era una política de liberalización y desregulación. Esta estrategia era diseñada y promovida por economistas asociados con las IFI, y fue adoptada en todo el mundo por gobiernos que estaban dominados –o sujetos a sus dictados– por el capital transnacional. En este renglón, la primera forma de capital que fue internacionalizada, y que escapó a los poderes reguladores del Estado, involucró la formación de mercados de capital en el exterior basados en inversiones de cartera, con fundamento en la especulación sobre los tipos de cambio de las monedas extranjeras. Desde mediados de los setenta hasta principios de los noventa, el rendimiento diario de los mercados de moneda extranjera subió de 1,000 millones a 1.2 billones de dólares, cerca de 20 veces el valor del comercio diario en bienes y servicios (UNCTAD, 1994; McMichael, 1996). Joel Kurtzman, editor de *Harvard Business Review*, calcula que por cada dólar estadounidense que circula en la economía real circulan de 25 a 50 dólares en el mundo de las finanzas puras (Sau, 1996); es decir, menos del 5 por ciento del capital circulante cumple alguna función propiamente productiva (*Third World Guide* 1995/1996: 48).

En la base de estos mercados globalizantes e inflacionarios –definidos por la UNCTAD (1994: 83) como “menos visibles pero infinitamente más poderosos”

que otros flujos de capital—, una cantidad significativa de bancos en los setenta comenzó a internacionalizar sus operaciones, lo que derivó en el financiamiento, a gran escala, de las operaciones gubernamentales y de proyectos de crecimiento de los países subdesarrollados. Éste fue particularmente el caso de México, Argentina y Brasil, países que en conjunto recibieron más del 50 por ciento del total de ese tipo de préstamos. En 1972, el valor estimado de los préstamos al extranjero, otorgados por estos bancos, era de 2,000 millones de dólares (Strange, 1994: 112), para alcanzar un máximo de 90,000 millones de dólares en 1981 (58,000 millones para América Latina) y descender a 50,000 millones en 1995, cuando se desencadena una gran crisis de endeudamiento en toda la región.

A finales de los ochenta, estas formas de capital, utilizadas para financiar las operaciones del gobierno y los proyectos de crecimiento, dieron lugar al incremento de la inversión extranjera directa (IED). Ésta se ha convertido en la forma preferida del capital, y se estima que representa hasta el 60 por ciento del nuevo capital concedido, en los noventa, al mundo subdesarrollado (UNIDO, 1996). En 1990, el flujo de IED a América Latina y Asia —las dos regiones del mundo que consumieron la mayor parte de este financiamiento para el desarrollo e inversión de capital— fue valuado en tan sólo 2.6 mil millones de dólares, menos de una vigésima parte de los préstamos internacionales realizados ese año. Para 1995, el flujo de IED se había incrementado a 20.9 mil millones de dólares, más del 25 por ciento de los préstamos concedidos a esas dos regiones, y una cantidad cercana a la mitad de todas las transferencias oficiales. Aunque la mayor parte de la IED va a los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en los subdesarrollados —merced a la existencia de tasas de rendimiento más altas en las inversiones productivas y especulativas y a la apertura de los programas de privatización en beneficio de las TNC— ha ocurrido una rápida expansión de la IED (UNCTAD, 1994). Para 1993, de acuerdo con la UNCTAD, los países subdesarrollados atrajeron conjuntamente 80,000 millones de dólares en IED, el doble del flujo de 1991 y el equivalente al nivel total de la IED en el mundo durante 1986. Como resultado, la participación de estos países en el flujo global de IED, el mayor componente de las nuevas transferencias de recursos a los países subdesarrollados, se ha incrementado de 20 por ciento, a mediados de los ochenta, a 40 por ciento (UNCTAD, 1994: xix, 3). Una de las principales consecuencias de la dependencia del financiamiento externo es la creciente vulnerabilidad y volatilidad de las economías y de los mercados financieros, según se hace evidente en la caída de la economía mexicana entre 1994 y 1995 y en la crisis financiera de

las economías de Corea del Sur, Indonesia y Tailandia, en 1997. El financiamiento extranjero masivo facilita un salto inmediato al crecimiento seguido por una resonante crisis económica de sobreacumulación, inmensos pagos de deuda y el colapso.

4. La creación y crecimiento de un sistema de producción integral basado en una nueva división internacional del trabajo, las operaciones y estrategias globales de las TNC, la habilitación de un nuevo marco de políticas y nuevas tecnologías. Esos factores han acortado y reducido dramáticamente los costos de los circuitos de transporte y comunicación del capital en el proceso productivo y han revolucionado la estructura interna de la producción (sobre este punto, véase UNCTAD, 1994: 123). A finales de la década de los ochenta, líneas de producción e industrias enteras fueron tecnológicamente reconvertidas y transformadas, lo cual aumentó dramáticamente la productividad del trabajo, pero también el despido de una gran cantidad de obreros y empleados. Esta tendencia, la reconversión tecnológica y la transformación productiva, ha sido asociada con un cambio en la estructura productiva y ha generado profundos cambios en el mercado laboral y en la estructura de clase a escala mundial.

5. La adopción de nuevos métodos de producción flexible basados en un régimen posfordista de acumulación y un modo, o estructura social, de regulación tanto del capital como del trabajo. Estos métodos de producción fueron difundidos sobre la que ha sido denominada “nueva estructura social de acumulación”, la cual requiere un cambio radical en la relación del capital con el trabajo. Las condiciones para tal cambio han sido generadas, en diferentes contextos, a través de un agudo proceso político sustentado en una lucha cerrada entre el capital y el trabajo; esta lucha, según Robinson (1996), ha adquirido las dimensiones de otra guerra mundial. Las campañas y batallas de esta guerra pueden rastrearse en los ámbitos nacional y global, tanto en términos estructurales como políticos; estructuralmente: en la reducida participación del trabajo (salarios) en los beneficios del crecimiento económico (ingreso). En cuanto a la amplia instrumentación de los programas neoliberales de ajuste estructural, en la década de los ochenta, la participación del trabajo (salarios) en el ingreso nacional se ha reducido drásticamente: de 48 a 38 por ciento, en Chile; de 41 a 25 por ciento, en Argentina, y de 38 a 27 por ciento, en México (Veltmeyer, 1999a). En términos de una tendencia hacia la dispersión de los salarios (desviación respecto al promedio), la caída del valor real de los salarios en su participación en el valor agregado de la producción es todavía peor. Las condiciones de ajuste estructural han exagera-

do las disparidades en el ingreso y en la riqueza, ya de por sí las peores del mundo.

6. Durante los ochenta y los noventa, el capital lanzó un ataque directo contra el trabajo en términos de su nivel de remuneración (salarios), de sus condiciones y beneficios y de su capacidad de organización y negociación contractual. Esta ofensiva ha impactado de diversas formas a la clase trabajadora, como se refleja en la evidencia empírica de una capacidad y nivel deteriorados de organización sindical, la compactación y distribución polarizada de los salarios, la caída de los salarios en cuanto a la participación en el ingreso nacional, y en los evidentes cambios ocurridos en la estructura del mercado mundial de trabajo que modifican las condiciones de empleo y desempleo (Veltmeyer, 1999a).

En relación con esto, la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 1996) argumenta que esta caída del sistema en pleno, en cuanto al valor de los salarios y a la dramática expansión de los puestos de trabajo en el extremo más débil del espectro de salarios, se debe en parte a los cambios en la estructura productiva (el giro hacia los servicios, etcétera), a la introducción de nuevas tecnologías y a los cambios en la economía global. Sin embargo, añade, en relación con Estados Unidos, al menos el 20 por ciento de la variación puede atribuirse directamente al debilitamiento de la capacidad del trabajo para negociar acuerdos colectivos; un debilitamiento que está directamente asociado con el detrimento de la capacidad de organización, el nivel de sindicalización y la descentralización de las negociaciones (del nivel sectorial al de las empresas), consecuencias todas de una cerrada lucha política contra el capital.

Es evidente que el trabajo ha llevado la peor parte en el proceso de reestructuración y ajuste. En el contexto global de este proceso, estima la UNCTAD (*Third World Guide* 1995/1996: 28) que hasta unos 120 millones de trabajadores están oficialmente desempleados –tan sólo en la Comunidad Europea son 35 millones–, y otros 700 millones están subempleados, separados de sus medios de producción, llevando una existencia precaria, en lo que la OIT define como el sector no estructurado o informal, que da cuenta de más del 50 por ciento de la fuerza de trabajo del mundo subdesarrollado (OIT, 1996; McMichael, 1996). Además de este excedente en la reserva de fuerza de trabajo, se estima que se ha formado una fuerza laboral móvil de unos 80 millones de trabajadores expatriados que constituye un nuevo mercado de trabajo mundial.

7. La institución de un Nuevo Orden Mundial encontró expresión en la fundación del FMI y el Banco Mundial, organismos que sentaron las bases y es-

tablecieron el marco institucional para el proceso de desarrollo capitalista y de libre comercio internacional. En sus inicios, en la década de los cuarenta, las fuerzas proteccionistas de Estados Unidos evitaron que se instituyera un tercer elemento de este orden económico mundial, es decir, la Organización Internacional del Comercio. Mediante la institución del Acuerdo General de Comercio y Aranceles (GATT, por sus siglas en inglés), foro diseñado a través de varias rondas de negociaciones para liberalizar el comercio, se abrió el camino al mercado mundial con bajos aranceles y a la eliminación de otras barreras, o impedimentos, al proceso de libre comercio de bienes y servicios. No fue sino hasta 1994, 50 años más tarde, cuando el diseño original maduró y se convirtió en la Organización Mundial de Comercio (OMC). Esta organización fue instituida como parte de un prolongado esfuerzo por renovar el orden económico mundial existente, y con el propósito de establecer lo que el ex presidente George Bush y la Fundación Heritage –este último un foro de políticas de derecha con sede en Washington– denominaran Nuevo Orden Mundial.

La búsqueda del Nuevo Orden Mundial y la difundida adopción del programa de ajuste estructural condujeron a un nuevo marco de políticas en favor de un régimen de libre comercio global y a la constitución de una nueva economía imperial. El elemento que faltaba era un acuerdo general que gobernara el libre flujo de inversión. Fue con este fin que los representantes políticos del capital imperial diseñaron el Acuerdo Multilateral sobre Inversión (MAI, por sus siglas en inglés); primero, tras las puertas cerradas de la OCDE, el club de las naciones más ricas y poderosas del mundo, y, luego, de la OMC, la más reciente y efectiva arma institucional. El MAI y el GATT, al igual que la propia OMC, han sido criticadas por, entre otros, la Comisión del Sur (1997a). La comisión argumentó que los arreglos imperiales promovidos por el GATT, y que serían facilitados por el MAI, no respondían a los intereses del Sur. Para empezar, “un régimen plenamente liberalizado... no necesariamente promovería el crecimiento y el desarrollo amplios o tomaría en cuenta las preocupaciones de los países en desarrollo” (1997a: 2). Al contrario, hace notar la comisión, la instrumentación a escala mundial de las medidas de liberalización, desregulación y privatización de los últimos 15 años ha tenido como consecuencia un deterioro significativo de las condiciones socioeconómicas, para una gran parte de la población mundial, y una ampliación del abismo Norte-Sur en relación con la riqueza y el ingreso generados por el mercado (véase discusión más adelante). Además, estas medidas han erosionado seriamente la capacidad de los países subdesarrollados para promover su interés nacional, por no mencionar la capacidad para controlar su destino. En este sentido, la Comisión del Sur hace eco de la conclusión de la UNDP, repetida en

declaraciones más recientes de la Comisión del Sur, respecto de que la "globalización procede en gran parte para el beneficio de los países dinámicos y poderosos" (1997a: 82).

La conclusión de la UNDP se deriva del análisis de los resultados anticipados del proceso desencadenado por la puesta en práctica de los acuerdos negociados por el GATT en la Ronda de Uruguay. En ese momento, la UNDP (1992) calculaba que como resultado de estos acuerdos habría un incremento de 212,000 a 510,000 millones de dólares en los ingresos globales, ganancias anticipadas por mayor eficiencia, altas tasas de rendimiento del capital y expansión comercial. Pero, los países subdesarrollados, argumentaba, perderían hasta 60,000 millones de dólares al año. El África subsahariana, que concentra un grupo de países con la menor capacidad de absorber dicha pérdida y los costos sociales derivados, perdería 1.2 mil millones de dólares (UNDP, 1992: 82).

La pérdida de los países subdesarrollados que resultaría del crecimiento inducido por el GATT en los ingresos globales –esto es: del acceso desigual, de los países subdesarrollados, al comercio, trabajo y capital– era estimada, por la UNDP, en 500,000 millones de dólares al año, 10 veces más de lo que reciben anualmente en la forma de asistencia internacional (1992: 87). En este contexto, añade la UNDP, la noción o argumento de que los beneficios del incremento en el libre comercio, a escala global, necesariamente se derramarían hacia los más pobres "parecen lejanos a la realidad", por decir lo menos. La evolución subsecuente ha confirmado este escenario.

8. La reestructuración del Estado capitalista para servir al proyecto imperial. Para Aglietta (1982), entre otros regulacionistas, la economía mundial es teorizada como un sistema de formaciones sociales nacionales traslapadas, lo que equivale a decir que el Estado-nación ha sido capaz de resistir lo que Petras y Brill (1985) han denominado "la tiranía de la globalización". Como ha dicho Lipietz (1987: 24-25), un compañero de Aglietta en la teoría,

un sistema no debe ser visto como una estructura intencional o un destino inevitable [simplemente] por su coherencia. Su coherencia es sólo el efecto de la interacción entre varios procesos relativamente autónomos, de la complementariedad y del antagonismo provisionalmente estabilizado que existe entre varios regímenes nacionales de acumulación.

Estos regímenes, hace notar Lipietz (1987: 14), son identificables en el ámbito del Estado-nación y están diseñados para asegurar "la estabilización a largo plazo de la distribución de la producción social entre el consumo y la acumulación". Lo mismo se aplica al correspondiente "modo de regulación" que "describe un conjunto de reglas y procedimientos sociales interiorizados para asegurar

la unidad de un régimen dado de acumulación” (Lipietz, 1987: 14). En pocas palabras, el Estado-nación permanece como la principal agencia del proceso de acumulación de capital, incluso bajo las condiciones de su globalización.

Sin dejar de lado la prominencia de la gestión del Estado en el proceso de desarrollo global, es igualmente claro que los poderes del Estado-nación han sido erosionados significativamente, dando lugar a la influencia de instituciones internacionales. Una mirada más cercana a las IFI (Banco Mundial, FMI, BID, etcétera) revela que tanto en su composición interna –principalmente en la integración de tecnócratas clave– como en la selección de los beneficiarios de sus políticas predomina un conjunto bien definido de Estados-nación, precisamente los estados de capitalismo avanzado, o imperialistas, de América del Norte, Europa y Asia. Esto se reconocía claramente ya en los setenta, cuando el mero tamaño y el poder económico de las más grandes TNC, al igual que su relativa movilidad internacional, se veían en gran parte como una importante presión sobre la soberanía nacional, sobre la capacidad del Estado para regular sus operaciones de capital o para diseñar la política nacional. En los ochenta, bajo las condiciones del Nuevo Orden Mundial, los poderes del Estado se han reducido drásticamente en relación con los de las TNC y otras organizaciones globales. Para economistas políticos, como Manfred Bienefeld (1995), formados en un molde previo, este hecho es deplorado en la búsqueda de condiciones que pudieran restablecer al Estado-nación sus poderes soberanos o su capacidad de diseñar políticas. Otros, como Keith Griffin (1995), afirman el carácter inevitable de la globalización y, con ello, de la reducción del poder del Estado. Desde esta perspectiva, la visión o los esfuerzos de académicos como Bienefeld, orientado hacia un Estado keynesiano o de bienestar, o un Estado fuerte y desarrollista capaz de determinar las políticas nacionales sobre áreas cruciales de la vida económica y social, suenan un tanto quijotescos y altamente anacrónicos.

A lo largo de este debate se impone una visión del nuevo papel del Estado en el contexto de la globalización, donde el asunto no sea visto como una reducción del tamaño y poder del Estado, o como una pérdida de la soberanía nacional, o un achicamiento en sus responsabilidades y funciones, sino como una realineación hacia los intereses de la clase capitalista transnacional.

### Los beneficios económicos de la globalización y su distribución

Otro tema importante se refiere a la pregunta de si las desigualdades mundiales y el abismo Norte-Sur en la distribución de recursos e ingresos eco-

nómicos están creciendo, como argumentan los defensores de la tesis del imperialismo o, como argumentan los teóricos de la globalización, están madurando las condiciones para una reducción de estas disparidades y para que se cierre el abismo Norte-Sur. Este tema parecería solucionarse fácilmente sobre la base de un examen de los hechos relevantes o de las estadísticas disponibles. Sin embargo, la cuestión de ninguna manera es clara ni ha quedado solucionada. Se ha reconocido o concedido que las dinámicas encabezadas por el mercado, o que actúan en su favor, asociadas con la globalización han exacerbado las desigualdades globales ya existentes o han generado nuevas desigualdades. En otras palabras, las desigualdades sociales en la distribución de los recursos económicos, o productivos, y el ingreso se advierten con una clara tendencia ascendente. Existen muchos estudios con una perspectiva crítica hacia el capitalismo en su forma neoliberal y globalizada. Sin embargo, un cierto número de defensores o apologistas de la globalización ha llegado a la misma visión. El UNDP, por ejemplo, en su reporte sobre el *desarrollo humano*, de 1992, determinó que, de 1960 a 1989, los países con el 20 por ciento más rico de la población mundial aumentaron su participación en los ingresos globales, al pasar de un 70.2 a un 82.7 por ciento, mientras la participación correspondiente a aquellos con el 20 por ciento más pobre se redujo del 2.3 al 1.4 por ciento. La Organización de Desarrollo Industrial de las Naciones Unidas (UNIDO, 1997) ha afirmado lo mismo sobre la base de datos más recientes.

De manera similar, el Banco Mundial y el FMI han reconocido que un gran número de países ha tenido una regresión en las condiciones de su desarrollo, en muchos casos al nivel de 1980 o incluso de 1970. Es claro que estos países no han logrado participar de los frutos del desarrollo reciente o participar en lo que se quiere ver como una "tendencia hacia la prosperidad" (Banco Mundial, 1995: 9). En el caso del África subsahariana, se estima que los ingresos per cápita, desde 1987, han decaído 25 por ciento (Banco mundial, 2000). El Banco explica este fracaso en términos de errores de cálculo o de política, una incapacidad o una falta de voluntad de los países implicados para sacar las enseñanzas necesarias de la historia del desarrollo o para seguir de manera consistente las políticas prescritas y adoptar los cambios institucionales requeridos. El Banco asume y toma la posición de que sobre la base de políticas correctas el abismo en los ingresos globales podría reducirse y que cada vez más países podrían compartir la "tendencia hacia la prosperidad".

Los defensores de la globalización no se han preocupado de manera particular ni general acerca de este incremento identificado en las desigualdades sociales globales. Con referencia a una teoría que se ha convertido en doctrina, las crecientes desigualdades por lo general se toman como el efecto inevitable a *corto plazo* del proceso de crecimiento encabezado por el merca-

do basado en un incremento en la tasa de ahorro nacional y en la creciente propensión a invertir estos ahorros. La razón para esto es que las condiciones necesarias para un incremento en las tasas de ahorro e inversión incluyen una participación mayor del capital en el ingreso nacional y, por lo tanto, una caída en la participación del ingreso disponible para el consumo, esto es, distribuido en la forma de sueldos o salarios. Se ha identificado esta tendencia secular; en el ámbito nacional y en distintos contextos, particularmente en América Latina, pero también existe en el ámbito global. Es indudable que las disparidades globales en el ingreso han alcanzado tal punto que algunos académicos llaman la atención a éstas en cuanto un problema que podría alcanzar proporciones de crisis. Las dimensiones políticas de estas desigualdades sociales globales han estado sujetas a un análisis considerable y, en el ámbito nacional, a políticas correctivas. El problema es que el descontento social generado por estas desigualdades suele utilizarse por movimientos de oposición y resistencia, vinculando así el proceso de ajuste con el potencial para la desestabilización de los regímenes políticos comprometidos con estas políticas correctivas. (Sobre este punto, véanse los capítulos 4 y 5.)

A pesar de un amplio acuerdo entre los defensores y oponentes de la globalización acerca de que las desigualdades globales, en la distribución de los recursos económicos y el ingreso, pueden asumirse o se pueden mostrar como crecientes desde mediados de los años ochenta, hay quienes argumentan lo contrario: que el abismo Norte-Sur se está cerrando. Es interesante —o bastante raro— que esto haya sido afirmado, entre otros, por Keith Griffin (1995), un reconocido opositor del desarrollo conducido por el mercado y defensor de la regulación estatal sobre las operaciones del capital en el mercado. Según Griffin y sobre ello argumenta en un acalorado debate con Manfred Bienefeld, la evidencia empírica sugiere claramente que el abismo del ingreso entre el Norte y el Sur se está reduciendo en vez de aumentar. Griffin afirma que la desigualdad en el ingreso global ha empezado a disminuir en años recientes. Ha ocurrido, señala, “un cambio notable en la distribución del ingreso mundial”, con un aumento en el ingreso global promedio, lo cual resulta en que los pobres se hagan menos pobres.

¿Es éste un asunto empírico o conceptual? ¿Cómo poder reconciliar la visión de Griffin con el argumento presentado por Bienefeld, y muchos otros, en el sentido de que el abismo Norte-Sur, en la riqueza y el ingreso, ha estado y está creciendo, y se ha acelerado bajo condiciones de ajuste estructural y globalización? El PNUD, por ejemplo, ha documentado un empeoramiento dramático de la disparidad en la distribución del ingreso entre los segmentos más ricos y más pobres de la población mundial identificados a lo largo de la línea Norte-Sur. Según el PNUD (1992), durante las pasadas dos décadas, la dis-

paridad entre el 20 por ciento más pobre y el 20 por ciento más rico de la población ha pasado de la relación de 11 a 1 a la de 17 a 1. UNIDO, que hace referencia a un estudio previo de Griffin y Khan (1992), afirma lo mismo en términos diferentes, haciendo notar el hecho obvio –resaltado también por el PNUD– de que la globalización tiene claramente ganadores y perdedores, y que los países subdesarrollados son, evidentemente, los perdedores. Una parte de la discrepancia en los puntos de vista y análisis descansa en la suposición hecha por Griffin y otros de que en el incremento de los ingresos globales promedio los pobres están relativamente mejor. Sin embargo, como señala Bienefeld (1995), la mayoría de los pobres del mundo no tienen acceso a ingreso alguno o a recursos productivos que generen ingresos. Y con el crecimiento explosivo de los sectores informales en el mundo y de las actividades o formas de empleo de bajos ingresos, al igual que la aguda caída de los salarios reales y los ingresos por salario en muchas partes del mundo, un segmento significativo de la población mundial está peor ahora que a mediados de los ochenta. Muy aparte del crecimiento de los ingresos promedio en el ámbito global, este deterioro en las condiciones socioeconómicas se refleja en el incremento persistente de las cifras de la pobreza, sean medidas en términos absolutos, o relativos.

La dinámica de este proceso puede tomar la forma de fuerzas estructurales –así es como les parece a muchos economistas–, pero se relacionan con acciones de organizaciones y empresas capitalistas claramente asumidas en favor de sus propios intereses. Éste es el señalamiento, que no es cabalmente comprendido o es ignorado por muchos economistas, realizado por el primer ministro de Malasia en sus comentarios críticos sobre el sistema económico global que permite a los “comerciantes tomar ganancias de miles de millones de dólares y no pagar absolutamente impuesto alguno en los países a los que empobrecen” (South Centre, 1997a: 7). Michel Chossudovsky (1997) documenta el mecanismo de este proceso a escala global, ve este proceso de la misma manera en que lo hacen los delegados de la Conferencia del Grupo de los 77 (ahora 133), en abril de 2000, como la globalización de la pobreza.

La “visión globalista” que describe al mercado mundial como compuesto de economías nacionales integradas e interdependientes fue demolida totalmente por los hechos que antecedieron y siguieron al colapso de las economías asiáticas, producto de los créditos internacionales, que condujeron a la quiebra masiva de bancos y empresas. Los regímenes asiáticos que pasaron el sombrero para pedir limosna a los grandes bancos de Europa, Norteamérica y Japón pusieron de relieve el poder de las relaciones imperiales en la llamada economía internacionalizada. Las adquisiciones, por parte de TNC de Estados Unidos y de Europa, de grandes corporaciones asiáticas a una frac-

ción de su valor previo, y los dictados de los líderes estadounidenses y europeos sobre los términos de refinanciamiento resaltan aún más la naturaleza imperial de estas relaciones interestatales en la economía mundial. El resultado de las crisis asiática y latinoamericana, en las que pierden estos países y ganan los agentes financieros imperiales, no describe “integración” e interdependencia, sino subordinación e imperialismo. Las desigualdades y la explotación que definen el sistema interestatal ilustran la utilidad del marco conceptual imperial por sobre la del marco globalista.

### La dimensión política de la globalización: la cuestión del gobierno

En el nivel político, uno de los argumentos de los teóricos de la globalización ha sido que la difusión de las instituciones democráticas o la democratización de las instituciones existentes acompaña al crecimiento de los “mercados libres”. Este proceso se ha desarrollado en diversos niveles. Uno de ellos ha sido la difundida tendencia hacia la descentralización del gobierno, que en su mayor parte puede ser reducida a iniciativas “desde arriba y desde adentro” del aparato de Estado. En teoría, si no es que en la práctica, este proceso ha creado algunos mecanismos y condiciones (poder local) para la participación popular en la toma pública de decisiones (Veltmeyer, 1999a). Sin embargo, los críticos de la “descentralización” apuntan hacia la falta de control por parte de las autoridades locales sobre la distribución de los fondos, el diseño de la política macroeconómica y la naturaleza no democrática de la selección de los funcionarios locales. Otra dimensión del proceso de “(re)democratización” ha sido el cambio, desde los regímenes militares y los gobiernos no constitucionales, hacia regímenes civiles formados dentro del marco institucional de la democracia liberal. (El capítulo 5 se extiende sobre este tema e identifica la dinámica del cambio, o la falta de éste, con la que está asociado.)

Estas tendencias han sido muy difundidas y han complementado la institución de reformas económicas de libre mercado y de las políticas de ajuste estructural que han revivido la noción de un vínculo necesario entre reformas económicas y políticas de liberalización. Mientras que la visión ortodoxa de los académicos y políticos liberales ha sido, y para muchos presidentes de las corporaciones lo sigue siendo, que los regímenes autoritarios tienen mayores probabilidades de instituir reformas neoliberales de libre mercado y crear las condiciones políticas para el rápido crecimiento económico, la “nueva” teoría o ideología es que la liberalización política (la institución de

la democracia liberal) es la condición necesaria o el resultado inevitable de las prescritas reformas orientadas al mercado. En este contexto, los Estados Unidos y las instituciones internacionales, como el Banco Mundial, se han volcado contra las dictaduras y los regímenes autoritarios, contra los mismos que alguna vez alimentaron o apoyaron. En nombre de la democracia, como sus guardianes autonombrados, promueven ahora la institucionalidad de la democracia liberal, y la requieren incluso como una condición para el acceso a la ayuda, préstamo o inversión. Sobre este punto, véase el *World Development Report* del Banco Mundial, 1997.

Sobra decir que este tema sigue sin resolver. Lo que queda claro, en todo caso, es que la democracia a la que conmina Estados Unidos implica lo que Robert Dahl, entre otros, ha denominado "poliarquía", una forma de democracia liberal conducida por una elite. No sólo no existe una forma efectiva de participación popular o de democracia sustantiva, sino que, bajo las condiciones de la globalización, la toma efectiva de decisiones sobre los temas claves de las políticas, incluyendo la regulación del capital, se ha trasladado a las instituciones internacionales, como el FMI, el Banco Mundial y el G-7, que son notablemente antidemocráticos en sus procesos políticos.

Aquí está a discusión la toma, como rehén, del Estado por parte del capital global o su reorientación hacia los intereses ocultos en el proceso de globalización. En este contexto, el papel del nuevo Estado liberal puede definirse en términos de tres funciones críticas:

- i) adoptar políticas fiscales y monetarias que aseguren la estabilidad macroeconómica;
- ii) proporcionar la infraestructura básica necesaria para la actividad económica global, y
- iii) brindar control, orden y estabilidad sociales.

El papel del Estado neoliberal prescrito para estas funciones ha sido primordialmente facilitar el proceso de acumulación en una escala global y regular el trabajo, que, ahora es menos móvil de lo que fue en la época previa a la globalización, de 1870 a la Primera Guerra Mundial. Para asumir este papel, el Estado debe ser reducido, descentralizado y modernizado, al igual que ser despojado de sus capacidades reguladoras y de diseñador de políticas.

Otro asunto de particular preocupación para el capital global es la cuestión del gobierno (*governance*) o de la capacidad para gobernar. El problema es planteado por Ethan Kapstein (1996), director del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, en términos de las crecientes desigualdades socia-

les en la distribución global de los ingresos que, afirma, exceden el nivel al cual pueden contenerse las fuerzas de oposición y resistencia. Las fuerzas generadas y movilizadas por estos movimientos, teme Kapstein, tienen la capacidad de minar y desestabilizar aquellos regímenes democráticos recientemente formados, comprometidos con las reformas económicas orientadas al mercado o tendientes a él. Como resultado, estos regímenes tienen pocas posibilidades de seguir en esta trayectoria, disminuyendo la voluntad política necesaria para instrumentar plena y consistentemente la medicina prescrita y necesaria para el ajuste estructural. La gobernabilidad de todo el proceso, concluye, está en riesgo, amenazada por crecientes fuerzas de oposición y resistencia.

### El trabajo en la economía mundial

La parte más pesada del proceso de globalización capitalista ha sido cargada por los trabajadores, lo que en efecto ha constituido el principal mecanismo de ajuste estructural. Este proceso tiene dos dimensiones principales frente al trabajo. Por una parte, el proceso de desarrollo capitalista ha separado grandes cantidades de productores directos de sus medios de producción, convirtiéndolos en proletarios y creando una fuerza de trabajo que en el ámbito global se estimaba en 1.9 mil millones de trabajadores y empleados en 1980; 2.3 mil millones en 1990, y cerca de 3,000 millones en 1995 (ORT, 1996). Por otra parte, la demanda de trabajo ha crecido más lentamente que su oferta. El proceso del cambio tecnológico y la reconversión económica, que son endémicas al desarrollo capitalista, han creado una enorme y creciente reserva de trabajo sobrante, un ejército de reserva industrial que se estima en una tercera parte del total de la fuerza de trabajo global. Además, las fuerzas generadas por el proceso de desarrollo capitalista han separado a muchos productores de sus medios de producción creando un enorme proletariado, estimado en 50 por ciento, que se encuentra desempleado o subempleado, y subsiste apenas en el creciente sector informal de las ciudades y centros urbanos del Tercer Mundo, o en los márgenes de la economía capitalista.

Nuestro pronóstico, para la primera década del siglo XXI, es que la crisis que se profundiza en Asia y la que se prolonga persistentemente en América Latina tendrán como consecuencias el incremento de los trabajadores informales con ingresos por debajo del nivel de subsistencia; los movimientos a gran escala de trabajadores y campesinos empobrecidos de ida y vuelta entre las economías urbana y rural; el abaratamiento de la producción industrial y una reducción en los trabajos bien remunerados en los países de capitalismo

avanzado; el incremento de los trabajos poco remunerados del sector de servicios, y una crisis de alcance mundial en los niveles de vida para los trabajadores.

Las innovaciones tecnológicas, relacionadas en gran parte con el procesamiento de información, conducirán al crecimiento de una pequeña elite bien remunerada de ingenieros diseñadores de programas de cómputo y de ejecutivos; junto con una masa de "procesadores de información" mal remunerados: el nuevo proletariado. La baja remuneración de la maquila (*outsourcing*) de trabajo intensivo en computación es ya un creciente fenómeno social. Por tanto, la centralidad del trabajo asalariado, al contrario de los pronósticos de los teóricos de la globalización que aducen la "desaparición del trabajo asalariado", se acentuará enormemente a medida que se empobrece. Conforme los nuevos sistemas de información están vinculados con el vasto movimiento de capital especulativo, pueden verse como un instrumento técnico integral en el asalto al capital productivo y los niveles de vida de los trabajadores asalariados.

Las implicaciones sociales y políticas de este cambio son de gran importancia. Por una parte, generará una estructura social y un sistema de relaciones de clase radicalmente diferentes. Por la otra, resalta la posición estratégica del trabajo. En combinación con el incremento de un enorme ejército de reserva industrial –principalmente informal y contingente– y su efecto depresor en los salarios de los empleados, el cambio que se impone en la fuerza de trabajo y en la estructura social minará y debilitará la capacidad del capital para disciplinar el trabajo y estimular el proceso de acumulación.

### Fuerzas de oposición y resistencia

Para los propósitos del análisis, la economía y la sociedad con frecuencia son representadas como un sistema, es decir, como un conjunto de estructuras interrelacionadas, cuyas condiciones son objetivas en sus efectos y cuya operación –en los pueblos, en las clases, en las naciones– puede teorizarse haciendo referencia a "leyes del desarrollo". El problema con esta perspectiva de sistemas es que resulta demasiado fácil confundir una herramienta analítica, en este caso un modelo teórico, con la realidad. En esta confusión, las estructuras son deificadas y a sus condiciones se les atribuye una objetividad que no tienen. Como resultado, la estructura de las relaciones económicas y sociales en las que entran las personas es vista como un molde en el cual deben verter su comportamiento. Y las prácticas institucionales que configuran la estructura del sistema aparecen como una prisión de la cual no hay escape, sujetando a los individuos

y a las naciones enteras a fuerzas que están más allá de su habilidad para controlarlas, ya no se diga entenderlas. Huelga decir que esta visión genera complacencia y resignación, y promueve la noción de lo inevitable. La globalización aparece como un proceso inmanente e inteligible al que debe hacerse ajustes.

La realidad, sin embargo, es otra. De hecho el sistema, si existe –y para fines de análisis también asumimos que existe–, está plagado de contradicciones que generan fuerzas de oposición y resistencia, cuya aspiración es el cambio social. Las dinámicas de estas fuerzas son descritas y analizadas en varios capítulos. Sin embargo, como cuestión de principio, y en aras del análisis –la interpretación de los hechos observados y documentados– y de la acción política, afirmamos que nada hay de inevitable acerca de la globalización, vista como proceso o como proyecto. Como la lógica del sistema que la sostiene, está instituida por una clase identificable de individuos –los capitalistas transnacionales– y es promovida en su interés colectivo o individual relacionado con la acumulación del capital.